

\* \* \*

El hombre se pudre juntamente con todos sus atributos circunstanciales, con su mundo sagrado. Sólo sus creaciones le redimen, franqueándole la densa atmósfera del tiempo que nos aísla de la eternidad. Y ya no importan, ni «una insatisfacción amarga», ni «un duelo de fracaso». Tan sólo permanece lo que trasciende y repugna aún su misma envoltura material- LA POESÍA.—*Aldo Torres Púa.*



<https://doi.org/10.29393/At255-256-280NRDP10280>

NO MÁS QUE UNA ROSA, por *Pedro Prado.*

El ilustre autor de *Alsino*, *Androvar*, *Los Pájaros Errantes*, *Otoño en las Dunas* y tantos otros bellos libros que son honra de la literatura americana, ha entregado una nueva colección de poemas, que vienen a incrementar su alto prestigio y prueban que en los elegidos del espíritu la fecundidad no está reñida con la calidad estética. Es esta la cuarta colección de sonetos publicada por su autor en pocos años. Primero fué *Camino de las Horas*, libro de inspiración mística, que mostró una nueva faceta en la personalidad de Prado, por el fervor religioso y la filosofía trascendente. Si bien el autor había cultivado siempre el simbolismo y el trascendentalismo, el fervor místico, el éxtasis ante la divinidad de lo creado eran formas inéditas en su rica espiritualidad. Cuando parecía que trepaba por el angosto y áspero sendero que lleva a las cumbres en que el peregrino se posterna ante su Dios y se identifica con él, una divinidad de otro orden, una diosa de carne y hueso se interpone en su camino y lo despeña en el abismo de la pasión humana, la que subleva los sentidos y deja ver también inesperados resplandores en el vértigo llameante de la angustia.

Bajo este signo carnal y divino, el poeta ha producido sus últimas obras *Otoño en las Dunas*, *Esta Bella Ciudad Envenenada* y *No más que una Rosa*. No hay cuidado de que un ser tan depurado, tan acendrado en nobles emociones y puros sentimientos, vaya a empañar la nitidez de su mirada y a enturbiar su sensibilidad con la toxina de sensaciones y emociones violentas. Siempre su vuelo es ascendente, como el del ave que se aleja de la rama perfumada, se embriaga de néctar, para elevarse en sus alas en el diáfano océano del aire:

En el misterio de una flor dormida  
un abejorro su embriaguez solaza;  
la rosa roja es una viva brasa,  
y él, chispa de carbón medio encendida.

Allí el cansancio de su pena olvida;  
la embriaguez y el saber firmas enlaza.  
Deja la flor, y brilla y zumba y pasa  
en vuelo hacia la rosa de la vida.

Burdo abejorro voy de cosa en cosa,  
y el néctar de la imagen siempre bebo  
que en todo cáliz del amor reposa.

Confiad en mi dolor, que ya me elevo;  
en embriaguez extraigo de la rosa  
el ágil vuelo de un sentido nuevo.

Talvez una rosa que dejó la amada en una visita al poeta, fué la inspiradora de estos sonetos, que son su bello homenaje de amor y poesía. Hay en el libro sonetos definitivos, puros de forma y henchidos de sentimiento, suaves y finos, tejidos con los más finos materiales del ensueño. El vate habita en un plano de celeste diafanidad, a su vibración sutil no parece escapar

aspecto alguno de la vida circundante. Como el vilano de su poema está siempre latiendo, el más leve movimiento del aire lo arrebató y lo lanza por senderos de luz. Oigásmolo en una de sus más claras expresiones:

TRÁNSITO DE LA ESPINA A LA ROSA

Labré el aire y en cárcel de sonidos  
eché a volar el corazón sediento;  
triste jilguero, al parecer contento,  
que canta entre palabras oprimido.

Tejí la estrofa cual si fuese un nido;  
incubé mi dolor, le dí alimento,  
y al trocarse en alado pensamiento,  
emprendió un largo vuelo hacia el olvido.

Así libra el dolor quien embellece  
en la magia verbal de hechicería;  
la tristeza hecha verso no parece;

siempre el vuelo semeja una alegría;  
¡y es el rosal una ascensión de espina  
en tránsito a la rosa en que termina!

Es difícil citar versos para dar una impresión de la belleza integral del volumen. Cada soneto es un pétalo de la rosa del amor y no puede aislada dar una visión de la gracia y magnificencia del conjunto. No se puede separar una nota de la melodía, ni segregar un fulgor del astro. Damos fe de nuestra emoción e invitamos al lector a expandir su alma y recrear su sensibilidad en el perfume y la luz de esta rosa, que canta y aroma por muchos vergeles.

Pedro Prado, que ha llegado a la etapa de plena serenidad y posesión de sí mismo, ha completado una labor lírica que le destaca en primer rango entre los inspirados de todos los tiempos y los idiomas. Es un orgullo del género humano, un ser en quien las facultades de comprensión y expresión han llegado a altura extraordinaria. Bien haremos en destacarlo y ponerlo en el rango que le concierne, ya que la posteridad nos va a juzgar a nosotros a través de él. No incurramos en el pecado de no comprender y valorizar a un ser de excepción, a un elegido de la inspiración, que nos está mostrando con su vida y sus creaciones artísticas, hacia donde va la humanidad en su doloroso y dilatado ascenso hacia expresiones más libres y puras del espíritu.—DAVID PERRY B.



EL LAUREL SOBRE LA LIRA, novela de *Luis Enrique Délano*.  
(Editorial Cultura, Santiago, 1946).

La vida dolorosa del poeta Pedro Antonio González llena las trescientas y tantas páginas de esta novela. Comienza con la niñez del autor de «Ritmos», cuando ya se adivinaba al taciturno que sería después, le sigue en sus estudios y su vida conventual, al amparo de un tío sacerdote, y en sus duros afanes de hombre en su lucha por el pan.

No puede decirse que la vida de este poeta chileno tenga contornos muy originales. Es, en buenas cuentas, la de todo bohemio que ha corrido por el mundo, entre miserias y quebrantos, y da, al fin, con sus huesos doloridos, en la sala común de un hospital.

Esta novela de Luis Enrique Délano interesa desde las primeras páginas. De narración muy fácil, evoca con pinceladas certeras el medio en que se ha desarrollado el inquieto espíritu del poeta; pinta con seguridad a algunos seres que estuvieron cerca de sus afectos, y le ayudaron noblemente, y tiene páginas